

Poderes.

-¡¡Gordito!!, ¡ven gordito! Ponte tú de portero, anda- le ordenó el jefe de la manada.

El le lanzó una mirada, mezcla de tristeza y de rabia. Ya no contestaba a los insultos. Mil veces les había dicho que se llamaba Mikel, que no le llamaran gordito. Pero ya no tenía ganas ni fuerzas para contestar, creía que no tenía sentido seguir respondiendo, incluso que era peor.

Esa tarde llegó a casa con la angustia y la cólera todavía presentes en su cabeza. Era el cumple de su hermana Irati pero, sinceramente, no tenía ganas de fiesta. Ni siquiera miró los bocadillos de paté que estaban sobre la adornada mesa de la sala.

Sólo quería esconderse entre las sábanas de su litera.

Su aita llamó suavemente a su puerta.

-Mikel, ¿qué te pasa?, ¿no vienes a merendar? Vamos a celebrar el cumple de Iratí, venga, sal ya – susurró.

-No tengo ganas, ¡déjame!, - contestó enfadado Mikel mientras se revolcaba nuevamente en la cama.

A su padre no le sirvió la respuesta. Es más, fue ella la que le motivó a entrar sin permiso en la habitación.

- ¿Te ha pasado algo en clase? –preguntó intuitivamente Jon.
- No, nada, ¡te he dicho que me dejes! -volvió a responder Mikel, esta vez más enfadado que antes.
- Venga, dime cariño, ¿qué ha sido? Seguro que, sea lo que sea, no es para tanto. -afirmó convencido su aita, pretendiendo saber las razones de su disgusto.

Tras un breve pero interminable silencio Mikel volcó toda su rabia.

- Me han llamado otra vez gordo, son unos tontos, todos unos tontos y ,sobre todo Jagoba, Jagoba es el más tonto de todos los tontos.

Tomó aire y, necesitando soltar todo lo que tenía dentro, acabó afirmando:

- No quiero ir más a clase, no quiero ir a ningún sitio. Déjame aita, vete, vete.

Jon, como buen y eterno aprendiz de padre , no supo qué contestar.

Pasó la mano sobre el poblado y rizado cabello de Mikel y, por fin, atisbó a decir:

- Ahora vengo Mikel, no te preocupes, ahora vengo.

Mikel le miró con los ojos llorosos y volvió a ocultar su cabeza bajo la almohada cubierta de ositos, estrellas y nubes.

- Son unos tontos. - se dijo nuevamente.

Su padre, cumpliendo su promesa, volvió al de un rato con un largo silbato unido con celo a un tubo de papel enrollado y colorido.

- ¿Sabes que es esto?

Mikel le miró extrañado.

- No, ¿qué es? preguntó con cierta y tímida curiosidad.

- Los niños lo llaman matasuegras, incluso algunos mayores, pero, en realidad, es un *nacesonrisas* y *apartalelos*. Tiene poderes, susurró el padre, no puede usarse siempre ni sin motivos pero te aseguro que funciona. Toma, para ti. – le dijo mientras acercaba el recién bautizado *nacesonrisas* a las diminutas manos de su hijo.

Mikel lo tomó dulcemente entre sus manos y preguntó.

-¿Lo puedo llevar a la Ikas?

El padre tardó unos segundos en responder, aunque ya sabía lo que le diría:

- Bueno, pero no puedes usarlo más que cuando realmente lo necesites, vale? Es muy poderoso pero se agota si se usa mal.

Los ojos de Mikel se iluminaron unos segundos antes que los de Jon.

– Vale.- contestó mientras seguía fijando sus enormes y ya no tan llorosos ojos en ese mágico objeto.

- Ahora... vienes al cumple de tu hermana? Nos están esperando para empezar la merendola.

- Si, si, aita, ahora voy.

Se levantó de la cama y dejó su tesoro cuidadosamente en uno de los bolsillos de su mochila.

Pasaron unos meses, en todos esos días Mikel salía siempre de casa pegado a su *nacesonrisas*. Jamás se lo dejaba. Era ya como parte de su cuerpo.

Un lunes, para asombro familiar, no lo llevaba en su mano y su aita se lo recordó antes de salir:

- ¿ No te olvidas algo, Mikel?

- No, aita, ya lo llevo todo. -, respondió Mikel con una sonrisa, sabiendo a qué se refería su padre- el *nacesonrisas* se lo he regalado a mi amigo Unai.

Jon parecía no dar crédito a lo que oía. Y Mikel, mientras le tomaba la mano para intentar calmarle, añadió:

- Tranquilo aita, ya le he dicho a Unai que lo use solamente cuando de verdad lo necesite. No te preocupes, lo hará bien.

Ese día, su aita empezó a creer sus propios cuentos y sonrió desde dentro, desde muy dentro. Desde donde nacen las sonrisas que más duran.